

COLABORACION EN ELCORAZON DE LA MISION

Reflexiones sobre la CG 35 y su decreto sobre colaboración

Michael Holman S.J.

1. La misión

Cuando Jesús quiere enseñar a sus discípulos el poder de la palabra de Dios, que todo ministerio jesuita proclama, comienza: “Salió el sembrador a sembrar”. (CG 35 dec 6,#1) En su alocución a los miembros de la CG 35 el papa Benedicto XVI subrayó la importancia de la misión en la que estamos envueltos: “dar a conocer el verdadero rostro del Señor a tantos hombres para los que hoy permanece oculto o irreconocible”. Agrega que la Iglesia necesita de la Compañía y que cuenta con nosotros “para alcanzar aquellos lugares físicos y espirituales a los que otros no llegan o encuentran difícil hacerlo.” (Dec 6 #1)

Las semillas de la misión sembradas por nuestra colaboración han producido una rica cosecha, pues el carisma ignaciano sirve no solo a la Compañía sino a toda la Iglesia. Somos conscientes de cómo ha contribuido el carisma ignaciano a la formación de un laicado apostólico, un impulso que pidió el Concilio Vaticano y que la CG 34 declaró ‘una gracia de nuestro tiempo y una esperanza para el futuro’ (Dec 6, #6)

2. Expresión de gratitud

Estamos humildemente agradecidos de que muchos –inspirados como nosotros por la vocación de Ignacio y la tradición de la Compañía – hayan elegido trabajar con nosotros y compartir nuestro sentido de misión y nuestra pasión por salir al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro mundo roto, pero digno de ser amado. (Dec 6, #3)

Cuando el Santo Padre confirma nuestro ministerio y vocación, y nos dice “La Iglesia les necesita”, debemos responder mirando a nuestros colaboradores en la misión y decir, con gratitud y profundo afecto, que la vocación que hemos recibido es una vocación conjuntamente compartida con ellos. (Dec 6, #3)

3. La Congregación General como una experiencia de discernimiento apostólico común en el corazón de la misión

Reflexión personal:

“Más que todo, estoy personalmente agradecido por una experiencia de comunidad jesuita que fue realmente excepcional. ¡Qué notable fue que 220 varones, reunidos desde la mayoría de las naciones del planeta, se hicieron amigos tan rápidamente, confiando el uno en el otro lo suficiente como para sostener conversaciones íntimas, que acaecieron en muchos de los lugares alrededor de la Curia durante los cuatro días de consultas confidenciales, uno a uno, o como las llamamos ‘murmuraciones’, que precedieron a la elección del nuevo General.

“Este espíritu de compañerismo se desarrolló mucho más durante las muchas semanas de duro trabajo que siguieron. Era un compañerismo fundado en el tiempo separado para la oración juntos y al comienzo de cada día y en nuestra celebración de la misa al final. Se vio fortalecido adicionalmente por nuestro compartir en las comidas, los paseos desde y a las varias residencias y las salidas ocasionales alrededor.

“Este sentido de ser una comunidad de amigos en el Señor contribuyó suficientemente a los muchos análisis sobre la misión y vida de la Compañía, y especialmente en los que se concentraron en los temas de los seis decretos que aprobaría la Congregación durante la semana final.

“Eramos un grupo de hombres dedicados al seguimiento de Cristo que, conscientes de sus limitaciones, se habían resuelto a discutir, debatir, acordar y discordar, abierta y honradamente, en oración y reflexión, sobre el significado de su vocación y misión hoy. Este fue el contexto en el que el Espíritu de Jesús trabajó. Ciertamente, para mí, estas semanas fueron, sobre todo, una experiencia poderosa de discernimiento apostólico común: de oír juntos la llamada del Señor y de pedir la fuerza para responderle generosamente a cualquier costo”

4. La CG 35 refleja las luces y sombras de la colaboración desde la CG 34 (ver sec. 4 y 5 del Dec 6 de la CG 35)

Por un lado, se inspiró fuertemente una mayor colaboración: “la gracia de aquellos años se refleja en una colaboración apostólica más extensa y profunda”:

- Han surgido numerosos programas de formación ignaciana alrededor del mundo, adaptados a varios contextos religiosos y culturales.
- La gracia fundacional de los Ejercicios Espirituales se ha facilitado más ampliamente y provee un lenguaje y experiencia común en el cual se inspira y arraiga la colaboración.
- Cada vez más obras jesuitas son dirigidas por laicos comprometidos, por otros religiosos y por el clero diocesano.
- Los miembros de la Compañía – sacerdotes y hermanos, formados y en formación – se han concientizado de la responsabilidad compartida con otros en la misión y ministerio de la Compañía.
- La Compañía se ha visto enriquecida por nuestro encuentro con diversas comunidades de diálogo y cooperación. Laicos y religiosos, mujeres y varones, indígenas y los de diferentes experiencias religiosas y espirituales, todos ellos nos han cambiado y han nutrido en nosotros un mayor sentido del Dios ‘en el que vivimos, nos movemos y somos’.

Por otro lado, es evidente que este desarrollo no ha sido uniforme y que algunos frenos han paralizado la colaboración.

- En algunas regiones el límite ha sido la poca participación de laicos en la iglesia local.
- En otras regiones, donde los cristianos son minoría, el reto ha consistido en alertar sobre el carisma ignaciano a aquellos cuyas experiencias espirituales son muy diferentes.
- En lugares bajo la opresión de la cultura de masas, las distracciones del individualismo y consumo exagerado han alimentado la resistencia a la poderosa llamada de comunidad y servicio, que subyace en nuestra misión.

- Nuestras propias dudas (como jesuitas), nacidas del rostro cambiante de nuestros ministerios en un tiempo de colaboración creciente, nos ha conducido a algunas dudas , y aun resistencias, al compromiso total con el llamado de la CG 34.

5. El P. Kolvenbach reflexiona sobre la Iglesia como el Pueblo de Dios.

Nos vemos confrontados aquí con el llamado real del Espíritu, una llamada fuertemente oída durante el Concilio Vat. Segundo. El Espíritu del Señor llama a la Iglesia a devenir una vez más el ‘Pueblo de Dios’, un término que incluye no solo al clero sino a todos los fieles. Es fuente de sorpresa que, cada vez que hablamos de los laicos, tenemos el problema de entenderlos como una parte del Pueblo de Dios. No podemos olvidar que la palabra ‘laico’ viene del griego ‘laos’, y que este término se refiere a todo el pueblo. Tal significado se arraiga en la liturgia de la Iglesia. La liturgia es la celebración del ‘laos’: no solo la celebración del sacerdote, sino de todo el pueblo. San Agustín dijo con mucha claridad: “Soy obispo a su servicio, pero soy cristiano con uds. y entre uds.” Muy consciente estaba él de que uno no puede hablar del clero sin hablar del laicado, y que el laicado representa el Pueblo de Dios. (Promotio Iustitiae 92)

6. El P. Kolvenbach reflexiona sobre Ignacio y la colaboración

Quisiera proponer unas reflexiones sobre la mente de San Ignacio , que pueden ayudarnos a descubrir la razón verdadera de esta colaboración apostólica. San Ignacio es un fundador peculiar. Da la impresión de que ‘él hizo todas las ‘buenas obras’, aun dar los Ejercicios Espirituales, antes de ser sacerdote, religioso y jesuita. El Señor le enseñó los Ejercicios Espirituales cuando aún era un laico, y ejerció este apostolado como un laico con otros laicos. Fue mucho después cuando cayó en la cuenta de que, en las circunstancias sociales de su tiempo, no podía llevar adelante este ministerio sin estudiar en la Universidad y sin ordenarse sacerdote. Las autoridades eclesiásticas no podían creer que uno que no era sacerdote, o persona consagrada, pudiese decir algo sobre el Evangelio o sobre la santidad.

Pero no es correcto decir que Ignacio le prestó atención específico a la colaboración laica, porque para él no existía tal necesidad. Para él era muy natural el pensar que en la Iglesia todos trabajamos como cristianos, como creyentes. Si uno era sacerdote o laico le parecía de importancia secundaria.

Sus actividades apostólicas se dirigían a todo el Pueblo de Dios. Fue aquí, en Roma, como saben, que él comenzó las famosas Confraternidades. Fueron estas el comienzo de lo que después se llamaron Congregaciones. En la Iglesia de Santa Marta él involucró a toda la iglesia, clero y laicos, en una actividad social. Incluso tenemos una carta suya en la que dice que desearía comenzar un trabajo con la esperanza de que después los laicos lo tomaran a su cargo, de modo que los jesuitas se pudiesen mover y comenzar el mismo trabajo en otro lugar. Trabajar con todo el Pueblo de Dios, laicos y clero, era su forma de proceder apostólicamente. No habló él de una contribución específica de los jesuitas en esta colaboración; ellos serían, usando el lenguaje de la química, como catalíticos, la substancia que logra una reacción química más rápidamente. (Promotio Iustitia 92)

COLABORACIÓN EN EL CORAZÓN DE LA MISIÓN

P. Michael Holman S.J.

20 de enero 2009

1. La colaboración y el modo de proceder de la Congregación

Fue un gran privilegio participar en la CG 35 y me agrada tener esta oportunidad para compartir con uds. algo de esa experiencia y, en particular, su trabajo en el tema de la colaboración.

La Congregación fue para mí un privilegio en muchos aspectos. Primero, y ante todo, fue una experiencia de la universalidad de la Iglesia y de la contribución de la Compañía a la misión de la Iglesia. Los 220 delegados provenían de 120 países del mundo en los cuales trabajamos. Fuera de las elecciones en que participamos, los debates en que nos involucramos y los decretos que produjimos, esta fue una oportunidad sin igual para conversaciones en los salones de café, comedores y salones de recreo y las ocasiones de pizzería, trattoria y ristorante. Fueron conversaciones en las que aprendimos sobre la Compañía, nuestros estereotipos fueron retados y se ensanchó nuestro entendimiento; fue un tiempo para nuestro unir en red nuestro trabajo y apostolados con trabajos y apostolados de la Compañía universal, y de forma que será fructuosa en los años venideros. Ciertamente fue una experiencia de colaboración.

Hubo tres momentos de la Congregación que se me destacaron. El primero fue la elección de nuestro nuevo Superior General, P. Adolfo Nicolás, ayer hace un año de eso; la segunda fue nuestra despedida a su predecesor, P. Peter-Hans Kolvenbach, quien cada año vendrá aquí a dar un discurso sobre un aspecto de los Ejercicios Espirituales, uno de los momentos cumbres de su año y sin duda de la conferencia también; el tercero fue la audiencia con el Papa Benedicto XVI en la magnífica Sala Clementina del Palacio Vaticano, donde sus palabras resonaron cuando nos decía que 'la Iglesia cuenta con Uds., la Iglesia les necesita, vayan a las fronteras'. Fue una llamada enviada no sólo a nosotros, los delegados, no solo a toda la Compañía a la que representamos, sino a todos los que colaboran en la urgente misión de las fronteras, que él nos presentó.

Lo que se destacó para mí, tanto como lo que sucedió, fue el modo en que procedimos durante la Congregación. Precisamente el otro día, yo revisé mis reacciones ante mi provincia al término de la Congregación. Me recordaron que yo dije lo siguiente:

“Ante todo estoy personalmente agradecido por una experiencia de la comunidad jesuita que fue verdaderamente excepcional. Qué notable fue que 220 jesuitas, reunidos desde tantas naciones del planeta, se hicieron amigos tan rápidamente, confiando uno en el otro tanto como para involucrarse en las conversaciones íntimas que sucedieron en muchos lugares alrededor de la Curia, a través de los cuatro días de consultas confidenciales, uno a uno, o ‘murmuraciones’ como llamamos, lo que precedió a la elección del nuevo General .

“Este espíritu de compañerismo se desarrolló más aún durante las muchas semanas de duro trabajo que siguieron. Fue un compañerismo fundado en el tiempo separado para la oración juntos al comienzo de cada día y nuestra celebración de la misa al final. Fue fortalecido más aún por nuestro compartir en las comidas, los paseos desde y hacia nuestras diferentes residencias y nuestras salidas ocasionales alrededor

“Este sentido de ser una comunidad de amigos en el Señor contribuyó significativamente a nuestras muchas discusiones sobre la misión y la vida de la Compañía, y especialmente los que concentramos en los temas de los seis decretos que la Congregación aprobaría durante la semana final.

“Eramos un grupo de hombres dedicados al seguimiento de Cristo que, conscientes de sus limitaciones, se habían resuelto a discutir, debatir, acordar y discordar, abierta y honradamente, en oración y reflexión, sobre el significado de su vocación y misión hoy. Este fue el contexto en el que el Espíritu de Jesús trabajó. Ciertamente, para mí, estas semanas fueron, sobre todo, una experiencia poderosa de discernimiento apostólico común: de oír juntos la llamada del Señor y de pedir la fuerza para responderle generosamente a cualquier costo.”

Quise subrayar nuestra forma de proceder en la Congregación para asegurarles que fue en este contexto, el contexto del discernimiento apostólico, que tuvieron lugar las deliberaciones que conformaron el Decreto

sobre la Colaboración. La manera como manejamos los asuntos en la Congregación modeló a los jesuitas del mundo en cómo Ignacio quiso que ellos manejaran los asuntos, y no solo los jesuitas sino también sus colaboradores. El 'modo de proceder' de la Congregación llegó al corazón de lo que se pretende cuando se habla de colaboración ignaciana y jesuita. Dondequiera que estemos y cualquier cosa que hagamos, si buscamos vivir y trabajar de esa forma discerniente, estamos verdaderamente envueltos en colaboración, no solo entre nosotros, sino con el Espíritu de Jesús cuyos compañeros somos.

2. Experiencia de colaboración de la Compañía.

Desde el comienzo de la Congregación fue claro que uno de los pocos decretos que produciríamos sería sobre el tema de la colaboración en el ministerio. Una comisión preparatoria establecida en el 2006 para examinar el tema de la colaboración empezó su trabajo segura de que habría un decreto, y hasta preparó material para ese decreto. El comité nombrado por P. Kolvenbach en el 2007 para preparar los asuntos de la Congregación como un todo, conocido como 'coetus praeivus', después de examinar toda la documentación que había llegado desde las provincias del mundo, también dijo que habría un decreto.

Por eso, al llegar los primeros días de la Congregación como tal, no fue sorpresa que los delegados eligieran una comisión que eventualmente prepararía el borrador de un decreto. ¿Por qué? Mirando atrás, yo diría que estas tres fueron las principales razones para el decreto.

Primero, teníamos que agradecerles, expresar nuestra gratitud, porque el tiempo desde la CG 34 había sido uno en el que nuestros ministerios se desarrollaron no poco por este involucramiento de tantos laicos, hombres y mujeres, religiosos y sacerdotes diocesanos. Y no solo eso, sino que en los informes de la comisión preparatoria y por lo que se dijo en la Congregación misma, era claro que los jesuitas mismos se habían beneficiado por el creciente ministerio colaborativo. Esto se reconocía no como algo accidental sino como movimiento del Espíritu "una gracia de nuestro día y esperanza para el futuro". Por eso se imponía una expresión de agradecimiento que animase más esta colaboración y el desarrollo mayor de nuestros ministerios.

Segundo, era claro que diferentes secciones de la Compañía se hallaban en diferente estadios de desarrollo con respecto al estilo colaborativo del

ministerio. Se pensó, por eso, ser importante producir un documento que identificase y compartiese las buenas prácticas. ¿Qué existía, en la experiencia reciente de la Compañía, que había promovido la colaboración? Desde luego, en el proceso, implícita o explícitamente, daríamos respuesta a un sinnúmero de problemas, que se habían encontrado al desarrollar la colaboración a través del mundo.

Tercero, debíamos asumir la tarea completa y sensible de evaluar el material que se había recibido de parte de los Asociados Jesuitas. La CG 34 había pedido que su sucesora debería evaluar si el experimento establecido debería proseguirse. Sin tener en cuenta si el experimento de los Asociados continuaba o no, se planteaba el punto de cómo la Compañía adelantaría los lazos que ya tenía con redes, familias de congregaciones religiosas y otras comunidades ignacianas.

Desde el comienzo estaba muy claro: tenía que producirse un decreto. Estas eran las tres razones principales para el decreto, que eventualmente se convertirían en los tres temas principales del decreto mismo. Pero también estaba muy claro desde le principio que veníamos a la Congregación con diferentes experiencias de colaboración, que permearían nuestras próximas discusiones. Junto con estas experiencias diferentes surgía una variedad de preguntas, problemas y aspiraciones con respecto a la colaboración, que esperábamos que el decreto asumiese de alguna forma.

Eran tan destacadas estas diferentes experiencias de colaboración que pensamos correcto subrayarlas en el decreto mismo. Era una disyuntiva de “por un lado’ y “por otro lado”, tanto lo positivo y lo negativo. Estas luces y sombras se pueden resumir como sigue:

Había mucho que había inspirado mayor colaboración: “la gracia de estos años se refleja en una más extensa y profunda colaboración apostólica”

- Han surgido numerosos programas de formación ignaciana alrededor del mundo, adaptados a varios contextos religiosos y culturales.
- La gracia fundacional de los Ejercicios Espirituales se ha facilitado más ampliamente y provee un lenguaje y experiencia común en el cual se inspira y arraiga la colaboración.

- Cada vez más obras jesuitas son dirigidas por laicos comprometidos, por otros religiosos y por el clero diocesano.
- Los miembros de la Compañía – sacerdotes y hermanos, formados y en formación – se han concientizado de la responsabilidad compartida con otros en la misión y ministerio de la Compañía.
- La Compañía se ha visto enriquecida por nuestro encuentro con diversas comunidades de diálogo y cooperación. Laicos y religiosos, mujeres y varones, indígenas y los de diferentes experiencias religiosas y espirituales, todos ellos nos han cambiado y han nutrido en nosotros un mayor sentido del Dios ‘en el que vivimos, nos movemos y existimo.

Era también evidente que este desarrollo no había sido uniforme y que algunos frenos habían paralizado la colaboración.

- En algunas regiones el límite ha sido la poca participación de laicos en la iglesia local.
- En otras regiones, donde los cristianos son minoría, el reto ha consistido en alertar sobre el carisma ignaciano a aquellos cuyas experiencias espirituales son muy diferentes.
- En lugares bajo la opresión de la cultura de masas, las distracciones del individualismo y consumo exagerado han alimentado la resistencia a la poderosa llamada de comunidad y servicio que se encuentra en nuestra misión.
- Nuestras propias dudas (como jesuitas), nacidas del rostro cambiante de nuestros ministerios en un tiempo de colaboración creciente, nos ha conducido a algunas dudas, y aun resistencias, al compromiso total con el llamado de la CG 34.

3. Mi experiencia de colaboración: alzas y bajas en la Provincia de Inglaterra.

Cada delegado trajo al aula, y a nuestras deliberaciones sobre colaboración, un trasfondo particular, una historia propia de colaboración y un particular conjunto de temas y problemas que esperábamos el decreto asumiese. Me

ayudó mucho, en el curso de la Congregación, el reflexionar sobre la historia del desarrollo del ministerio colaborativo en mi provincia. Esto me capacitó para identificar elementos de buena práctica que pudiera ayudar a otros de otros lares. También me capacitó para identificar algunos de los temas que había que asumir en el decreto. Pero también ayudó, porque la colaboración se desarrolla de forma evolutiva, en ambientes social y eclesialmente particulares, y contando con la experiencia y sabiduría del pasado. Permítanme presentar aquí algunas de las líneas principales de mi reflexión con la esperanza de que eso anime a otros a contar la historia de su desarrollo evolutivo en la colaboración dentro, sin duda, de trasfondos distintos.

A comienzos de enero 2009, envié una carta de año nuevo a los 200 o más miembros de la provincia de Inglaterra, y más o menos 100 más de otras provincias que viven, trabajan y estudian con nosotros. La Provincia de Inglaterra incluye también dos regiones dependientes, antiguas misiones de Guayana en Sur América y en Sur Africa. En mi carta escribí especialmente sobre nuestro trabajo en Inglaterra y sus prioridades en los años venideros.

Un punto que yo quería destacar es el hecho de que, a pesar del deficiente número de jesuitas (¡éramos 700 cuando yo entré en 1974!) encuentro tanta energía y entusiasmo en nuestros trabajos según viajo a través del país visitando nuestras comunidades y sus ministerios asociados.

Esto lo atribuí a nuestro compromiso con un estilo colaborativo de ministerio que abarca primariamente a los laicos, pero también a otros religiosos. En mi carta yo afirmé que pensaba que esto era ciertamente “una gracia de nuestro día y esperanza para el futuro” para nuestro trabajo por la Iglesia en Inglaterra.

No hay duda de que la colaboración es esencial a lo largo de mi provincia. Tenemos escuelas, parroquias, casas de retiro, ministerios sociales, iniciativa en los medios y dos universidades, y en sus modos diferentes cada uno es un ejemplo de la importancia de la colaboración en nuestra misión hoy. ¿Ciertamente, dónde estaría nuestro trabajo por la Iglesia sin ellos? Como dice el decreto “la gracia de estos años se refleja en una más extensa y profunda colaboración apostólica”.

¿Por qué afirmé en mi carta concretamente que la colaboración había aportado una mayor energía y entusiasmo a nuestro trabajo? En parte tiene

que ver con la juventud de muchos de los que nos acompañan en el ministerio, ¡y la energía viene frecuentemente con la juventud! Pero hay otro ingrediente también. Muchos colaboradores han encontrado en su trabajo no solo un empleo, sino también una vocación. Ese descubrimiento energiza e inspira: hay propósito y significado en la vida después de todo, cuando por el contrario me dicen, su trabajo anterior se convirtió mucho en lograr objetivos y satisfacer las demandas de sus supervisores.

¿Cuáles fueron los orígenes de la colaboración en tu provincia? En nuestro caso, tengo que admitir que la pura necesidad jugó un papel. Algunos tenían una visión alta de la Iglesia, es verdad, pero según se reducía el número de jesuitas también íbamos necesitando encontrar formas de mantener los apostolados tradicionales, que se iban adaptando para enfrentar las agudas necesidades de una Iglesia en una sociedad cada vez más postcristiana y secularizada.

En verdad el pragmatismo británico era solo parte de la historia. Las aspiraciones de la gente laica y de las religiosas por participar activamente en el ministerio de la Iglesia se desarrolló así como oportunidades significativas para hombres y mujeres ,laicos y religiosos, por adiestrarse en profesiones que les conducían al ministerio. Lo que sucedió fue que la necesidad se combinó de forma creativa con esas aspiraciones y esas oportunidades de adiestramiento, para transformar, lo que de otra manera podría haber sido un periodo de marcado declive, en un periodo de renovada energía y vitalidad y aun crecimiento. ¡Sorpresivamente: la marca segura del Espíritu!

Hay que destacar la importancia de los Ejercicios Espirituales en este proceso de mi país. Desde los 70 ha habido una renovación creciente en los Ejercicios, que ahora se imparten primariamente con acompañamiento individual. Esto ha probado ser un área de gran crecimiento en la vida de la Iglesia de Inglaterra. Nuestras casas de retiro están llenas. Han salido adaptaciones de los Ejercicios desde las casas de retiro hacia las parroquias, prisiones, escuelas y universidades. La espiritualidad ignaciana es la principal espiritualidad a lo largo de las Iglesias en nuestro país – católica, Anglicana, Metodista y otras. Lo que ha conseguido el dar los Ejercicios es el inspirar el deseo de ‘ayudar a las almas’ de parte de numerosos laicos, hombres y mujeres, en muchas denominaciones cristianas, y darnos un lenguaje común de colaboración.

Lo que también ha probado ser de gran ayuda para desarrollar la colaboración y los estilos colaborativos de ministerio es tener una nítida declaración de los objetivos principales de la Compañía de Jesús en Inglaterra y de cómo esto se pone en práctica en cada sector de nuestros apostolados y en cada lugar. ¿Por qué esto ayuda?

- Primeramente, eso alinea a cada uno y nos ayuda a todos a concentrarnos en metas y objetivos particulares.
- Segundo, nos capacita para priorizar nuestros recursos, no menos que el tiempo y el dinero disponible para formación.
- Tercero, me capacita, mientras visito nuestras obras, para hablar con los colaboradores claves sobre las prioridades de nuestra misión en Inglaterra, de modo que tengan ellos el sentido de que lo que hacen contribuye al conjunto, y en mi experiencia, esto eleva sensiblemente los niveles de moral y motivación.
- Cuarto, fue la forma en que produjimos esta declaración de las prioridades de la misión jesuita hoy en Inglaterra. Se formó con sus aportes y sus reacciones. El proceso mismo fue formativo. Aunque podíamos haber logrado más, terminamos con una declaración de la misión jesuita, que fue reconocida por nuestros colaboradores como “su” misión.

La visita canónica puede también ser crucial para desarrollar un estilo colaborativo de ministerio. En todas mis visitas a las comunidades, visito, como hicieron mis predecesores, las obras apostólicas asociadas y me reúno con individuos y grupos con equipos de retiro, consejos pastorales, grupos de estudiantes, junto con el director de la obra. ¿Cuál es mi papel en tal reunión? Sí, es hallar lo que se hace e informar de ello. Sí, es para animar. Pero también es para subrayar prioridades, y eso significa explicar con convicción nuestra misión en Inglaterra hoy, e identificar cómo todos los involucrados pueden contribuir a esa misión.

En otras palabras, he descubierto que mucho depende del liderato. ¡Escalofriante! En mi modo de trabajar, necesito modelar ese estilo colaborativo de ministerio, que yo busco animar en otros. San Ignacio tenía la idea de que la comunidad de la Curia General fuese modelo de vida jesuita para otros. Al decir esto, afirmaba algo significativo sobre los seres

humanos y cómo ellos cambian y se desarrollan. Ese mismo estilo dinámico se aplica hoy.

Sin embargo, no todo es brillante como debería parecer. Hay abundantes puntos de discusión sobre colaboración, y entre estos hay algunos problemas. ¿Cuáles podrían ser algunos de esos problemas?

Me pregunto cuánto tiempo se puede mantener este ministerio colaborativo simplemente porque los números de católicos y cristianos practicantes, capaces de llenar algunos puestos claves en mi país, está disminuyendo. Por eso, aunque tengamos laicos líderes comprometidos con la Iglesia y la misión jesuita dentro de esa Iglesia, ellos dependen de otros hombres y mujeres de igual mentalidad que trabajan a su lado, y esos números se están reduciendo.

Además, está lo del dinero, como a mi ecónomo le agrada recordarme. El proveer sueldos equitativos y condiciones de trabajo es el fundamento de confianza, y uno no consigue colaboración si el punto de la confianza no se resuelve. Por eso la colaboración conlleva un costo financiero considerable. Por ejemplo, las casas de retiro no pueden pagar su existencia. Si queremos equipo que incluyan laicos y a otros religiosos pagados de forma apropiada, tenemos que proveer a esa casa de retiro con un subsidio anual. No sé hasta cuándo podremos continuar con esto, mucho menos en la presente crisis financiera. Sé que se pueden conseguir fondos de otras instituciones, pero esos fondos muy fruentemente conllevan la agenda del cuerpo que los concede, con los que, frecuentemente, no desearíamos atarnos.

Otra pregunta que hago es si todo esto apunta a un genuino ministerio colaborativo, en el que hombres y mujeres participen genuinamente en nuestro sentido de misión, o es solo un asunto de trabajar juntos. La formación en la misión es un problema. Invertimos mucho en los programas de la formación ignaciana, en los cuales intentamos comunicar la comprensión de nuestra misión. Pero lo que torna más complejo el desarrollarlos y que sea un reto el desarrollar de veras el ministerio colaborativo, en general, es que parece que cada uno está en un estadio diferente de desarrollo espiritual, religioso y profesional. ¿Cómo encuadrar un programa de formación adecuada en tal variedad?

Más aún, la colaboración genuina depende también de la apertura de los jesuitas para participar en las formas colaborativas del ministerio. Ahora bien, ¿cuáles son los puntos de debate aquí? Generalmente la mayor parte de

los jesuitas en mi sector del mundo se muestran entusiastas en esto. Dejando a un lado esa apertura, los jesuitas tienden a ser más bien individualistas. No ha sido un problema el trabajar con un jefe laico, sobre todo ya que el nivel de competencia de los que han tomado puestos en obras jesuitas es alto y eso les ha ganado a la gente. Los jefes laicos, más aún, han dependido de los jesuitas para que los apoyen en el ejercicio del liderazgo en un apostolado jesuita, y por eso la relación ha resultado positiva para todos los concernidos.

El punto principal ha sido una inhabilidad temperamental de parte de jesuitas para participar en reflexionar con otros, participar en discusiones con otros, y en general, trabajar al lado de otros como parte de un equipo. En otras palabras, el punto ha sido su capacidad para vivir ese “modo de proceder” que hemos visto es tan central para un genuino ministerio colaborativo. Nuestro entrenamiento ha sido, y puede todavía ser, tan individual que aun los jesuitas más jóvenes encuentran difícil hacer la transición

En general, sin embargo, el genio de la colaboración en Inglaterra, y me sospecho que en otros lugares, ha sido su misma flexibilidad. Sucede en cada lugar según las destrezas, inclinación y aptitudes de los concernidos. Crece en un común deseo de involucrarse en el ministerio. Es una forma de arte no una ciencia: puede abarcar tan diferentes trasfondos, porque se configura creativamente y de forma diferente en cada lugar, no se diseña uniformemente desde primeros principios.

Tal ha sido el desarrollo del ministerio colaborativo en los pasados 30 años, que mucho del análisis anterior a la última CG entre los jesuitas se concentró en la necesidad de identificar más claramente la necesidad de jesuitas y otros religiosos apostólicos en una Iglesia, que hoy se caracteriza por el ministerio laico. Fue chocante en la reunión de superiores mayores de Loyola en noviembre 2005 con el P. Kolvenbach, por ej, qué rápido surgió este tema como prioridad para la próxima CG. Fue esta preocupación, vocalizada por tantos, que llevó al decreto sobre la Identidad.

Así que aquí surge otro punto en la colaboración. Conscientemente o no, accidentalmente o por diseño, hemos estado poniendo en práctica la visión del Concilio Vat II al proveer a los laicos, hombres y mujeres, la oportunidad de participar en el ministerio de la Iglesia. Pero al hacerlo hemos podido sacrificar la vocación para la vida religiosa.

Este es el trasfondo que yo traje a las discusiones en el aula de la Congregación y otras conversaciones relacionadas que acaecieron alrededor de esos lugares donde nos quedamos y vivimos. Este era el trasfondo que dio forma a mis particulares esperanzas por este decreto: yo quería que se afirmase nuestro compromiso con la colaboración, que se emitiese una declaración nítida sobre la necesidad de que los jesuitas entrasen en el proceso colaborativo, y se proveyesen guías para la clase de liderazgo necesario para mantener y desarrollar el estilo colaborativo del ministerio.

4. El decreto mismo

¿Qué podríamos decir sobre el decreto mismo de Colaboración? Primero, pienso que es importante anotar que no es el único decreto sobre Colaboración. Si entendemos que Colaboración significa mucho más que trabajar juntos, si también significa compartir en el sentimiento del ministerio y en nuestro modo de trabajo, entonces el decreto de Identidad (“un fuego que enciende otros fuegos”) también es un decreto sobre colaboración y también lo es el decreto sobre Misión “envío a las fronteras”.

Ciertamente, lo que me choca a mi más sobre este decreto de Colaboración es su enfoque en la misión desde su primera línea “salió un sembrador a sembrar”. ¿Qué tiene eso que ver con colaboración? Ciertamente que nuestra colaboración es primero y ante todo sobre la misión y sobre colaborar en la misión de Jesús. Esta misión nunca será una materia de toma y dame, esta misión es materia de muerte y vida, puesto que trata de atraer hombres y mujeres a Cristo, traer a este mundo un orden que refleje la justicia del Reino, cualquier que sea la forma que esa misión tome en un lugar concreto. El decreto aporta un sentido de urgencia en la misión que nos une como colaboradores ignacianos. La colaboración no es primero un estilo de vida; es primero una misión que atrae a la gente a la vida y plenitud de vida.

Eso explica por qué queríamos agradecer. La ayuda generosa de muchos ha extendido esa misión, pero también ha profundizado esa misión. Las instituciones sobreviven, afloran y se han renovado; se han comenzado proyectos nuevos; los jesuitas han encontrado un nuevo sentido a su vocación; hombres y mujeres laicos han podido actualizar su llamado a la misión. Eso representa el momento del Espíritu entre nosotros; sí, necesitábamos expresar nuestra gratitud.

A la vez que este decreto reafirma la CG 34, su énfasis es muy diferente. Mientras que la CG 34 enfatiza la colaboración con el laicado, la CG 35 tiende una mirada más amplia de colaboración para incluir a religiosos y clero diocesano junto con los laicos. La diferencia mayor, sin embargo, es que la CG 34 es más visionaria en su enfoque: la Compañía trata de realizar la visión del Conc. Vat II de la Iglesia como Pueblo de Dios, en el cual los laicos participan en el ministerio de esa Iglesia por virtud de su bautismo. La CG 35, por otro lado, es más pragmática en su enfoque. Se enfoca en la misión y en los apostolados jesuitas que realizan esa misión; trata de cómo una mejor colaboración entre jesuitas y otros puede mantener, renovar y extender esa misión.

A veces pienso que perdimos la oportunidad de fundamentar mejor teológicamente la visión del ministerio laico y así contrarrestar, en cierta manera, la tendencia que ha surgido en alguna parte de la Iglesia por volver atrás el reloj.

También tenemos que enfrentar la pregunta de si había límites a nuestra colaboración. Es evidente que en muchos lugares nuestros ministerios dependen de hombres y mujeres de otras creencias o ninguna. ¿Se puede hablar de que ellos colaboran en nuestra misión y nuestra forma de ministerio? A los delegados se les proporcionó la alocución del P. Kolvenbach a la Conferencia organizada por el Secretariado Social en el 2006 sobre el tema de la colaboración. Él identificó el compromiso común por la verdad, paz y justicia como una base suficientemente substancial sobre la cual construir una colaboración significativa en el ministerio. Como dijo la CG 35 “trabajamos juntos buscando un mundo más justo”. Después de la Congregación me he ido preguntando si la colaboración en la misión no requiere una identificación más específica con la naturaleza y motivación religiosa de nuestra misión de lo que se podía esperar de aquellos de otra fe o ninguna.

Nos hemos comportado ardientes en promover más colaboración, especialmente en aquellos de la Compañía donde, por una u otra razón, no era esa una característica fuerte de la vida apostólica. Esto lo hicimos identificando las buenas prácticas en la experiencia reciente de la Compañía, según se informó en el material recibido antes de la Congregación, y de las discusiones durante la misma. Decidimos que la promoción de la colaboración se centra esencialmente en cuatro puntos:

Primero, en identificar claramente que es lo que identifica a una obra concreta como 'jesuita'. Todas y cada una de las obras de la Compañía debería expresar una declaración clara de ello, y eso simplemente promueve la colaboración, porque capacita a los que trabajan con nosotros para conocer en qué es que están colaborando. Una obra ignaciana incorpora el modo de proceder ignaciano, especialmente el discernimiento a la hora de tomar decisiones. Una obra jesuita va más allá ,pues está institucionalmente amarrada a las estructuras de gobierno de la Compañía, e incorpora en su percepción de la misión las prioridades jesuitas en la misma. Una declaración de misión debe enunciar cómo todo esto se aplica en un lugar particular.

Segundo, proveer programas de formación para jesuitas e incorporar la experiencia de trabajo con los laicos desde las primeras etapas del entrenamiento. Esa formación no es sólo teórica sino basada en la experiencia.

Tercero, proveer programas de formación para nuestros colaboradores, los que, cimentados en los Ejercicios Espirituales, capaciten a los colaboradores a apropiarse personalmente nuestro modo de proceder, y en particular la planificación y decisión apostólica, como aparecen, por ej., en la Autobiografía de San Ignacio y en las Constituciones de la Compañía.

Cuarto, promover el buen liderazgo., tanto del director de la obra como del provincial.

- El líder de una obra jesuita debe comprometerse con la misión jesuita en esa obra particular y ser capaz de imbuirse de 'nuestro modo de proceder', incorporando el discernimiento en la toma de decisiones.
- El provincial debe establecer claramente con el director de las obras sus responsabilidades específicas ,e incorporar al director laico de la obra en las estructuras de gobierno de la Compañía. Esto incluye incorporarlo a él o ella en la trama de información e invitarlo/la a una discusión franca y libre sobre el progreso de la misión del lugar, lo que podríamos llamar 'manifestatio apostolica'.

¿Vencerían estos cuatro elementos de una buena práctica los obstáculos a un mayor desarrollo de colaboración identificado por la Congregación? Sin duda estos cuatro puntos son recordatorios de una buena práctica. En muchas áreas donde la colaboración es mínima, con todo, los temas deben ser unos

puntos más profundos e estructurales, como los que el decreto mismo identificó en sus secciones introductorias (ver 4,5): niveles bajos de educación, un clima cultural hostil o la tibieza de la jerarquía en cuanto a la participación laica, etc. Estos puntos, sospecha uno, exigen unas respuestas más fundamentales que las que proveyó el decreto.

La urgencia de la misión es la que promueve sinergias o acompañamientos en la misión. La Congregación reconoció que hay mucho por ganar con el trabajo juntos, no solo con los individuos de obras jesuitas, sino con grupos que comparten una inspiración ignaciana. En el decreto se identifican tres grupos en concreto:

- Las redes con las muchas organizaciones apostólicas e instituciones que están inspiradas en el carisma ignaciano para aprender uno del otro buenas prácticas y hacer mejor uso de los recursos, por ej, de entrenamiento y formación. Es de sentido común no el separar sino el actuar juntos. Eso es lo que entendemos por “redes ignacianas apostólicas”
- Las otras familias religiosas que comparten una inspiración ignaciana, lo que también suena muy bien por las mismas razones. Yo personalmente me he animado por los muchos que han mostrado interés en los decretos de la CG , mucho más de lo que aconteció en Congregaciones anteriores. Esto se conoce como ‘la familia ignaciana’.
- Tercero, la Congregación ve como más efectivo para la misión el colaborar con las asociaciones laicas y movimientos con una tradición ignaciana y especialmente las Comunidades de Vida Cristiana que, como dice el Decreto, “hunden sus raíces en el carisma y la historia de la Compañía’.

En ese contexto de identificar grupos con quienes colaborar más cercanamente el Decreto informó la decisión de la Congregación, revisado el material evaluativo provisto antes de la CG, de discontinuar el experimento de Asociados Jesuitas. Se dieron cuatro razones; no hubo mucho crecimiento en término de número; los experimentos de asociación fueron muy variados en carácter y en momentos surgieron malos entendidos; parecía mejor el trazar clara la distinción entre la vida religiosa y la vida de un laico en el ministerio; ya existía una preocupación por promover organizaciones laicas con inspiración ignacianas, como las CVX.

En general, estuve de acuerdo con la Congregación, pero me pregunto si diez o doce años fueron tiempo suficiente para tal experimento. A lo largo de la Compañía ha crecido el acompañamiento de los Ejercicios Espirituales por laicos. ¿No esperaría uno que un resultado fuese el deseo de parte de buen número de ejercitantes de ofrecer sus vidas? Dado el carácter de la edad, no esperaría uno que esto fuera por un limitado periodo de tiempo? Y no debería la Compañía que promueve los Ejercicios, ofrecer un abanico de posibilidades al mismo tiempo para este servicio más generoso, esta colaboración más cercana?

5. Colaboración: camino por delante

Entonces, ¿cuál es el futuro de la colaboración y los ministerios colaborativos, especialmente en el contexto de las obras de la Compañía de Jesús? El decreto de la CG 35 sólo marcó una etapa en el proceso, ya que la colaboración es una obra en progreso. La CG 35 acumuló un material evaluativo, que había llegado desde las provincias, y el de la comisión preparatoria, y respondió a algunas preguntas claves, aunque no todas. ¿Cuáles podrían ser esas otras preguntas a las que debemos responder si queremos que la colaboración y el ministerio colaborativo se desarrolle más? Tengo cinco sugerencias.

Uno de los momentos cumbres para muchos delegados de la CG fue la visita del 21 de febrero al palacio Vaticano y la audiencia allí con Benedicto XVI. En su alocución nos dijo que “la Iglesia les necesita, la Iglesia cuenta con Uds.” para ir a las fronteras, a esos lugares donde otros no pueden ir o no van, para revelar allí el rostro de Jesús a los que no lo conocen y entre los que se ha desfigurado. Nos envió a las fronteras geográficas sí, pero también a las fronteras internas.

Mi primera sugerencia sobre el camino por delante es que todos, jesuitas y colaboradores, tomemos estas palabras del Papa como la piedra angular de nuestro discernimiento y toma de decisiones. En otras palabras, el enfoque debe ser qué decisión nos capacitaría a trabajar más efectivamente en las fronteras.

Al ponerlo de esta manera, el Papa concentró a la Compañía en los elementos claves de su vocación original – ir donde la necesidad es mayor –

y en las cualidades claves para realizar tal vocación – nuestra movilidad, nuestra disponibilidad y nuestra universalidad.

Me pregunto si el énfasis en la colaboración inhibe muchas veces la movilidad y disponibilidad de los jesuitas para ir a las fronteras geográficas e internas? Con nuestro empeño en mantener el carácter jesuita de las instituciones y obras jesuitas hace tiempo establecidas, ¿no gastamos nosotros nuestros recursos en tiempo, hombres y dinero, de modo que nos quedamos sin la posibilidad de ser disponibles, ser móviles, universales e ir a las fronteras geográficas e internas, a los nuevos ministerios donde la Iglesia nos llama? Más que enfatizar el carácter jesuita de las instituciones, ¿no deberíamos decir que el carácter esencial jesuita de las instituciones es el ser una institución católica? Una vez que establecemos tal obra, nos movemos a las prioridades nuevas y urgentes que la Iglesia nos presenta. Por eso mi segunda sugerencia es que debemos desarrollar la colaboración especialmente en aquellas obras de las fronteras, conociendo que, al hacerlo así, debemos encontrar maneras de desembarazarnos de algunas más tradicionales y antiguas formas de colaboración en algunas de nuestras instituciones.

Mi tercera sugerencia es que necesitamos desarrollar la teología de la colaboración y el ministerio colaborativo. ¿Qué debe investigar tal teología de colaboración? Primero, podría enraizar más tal ministerio colaborativo en la experiencia de Ignacio. Podríamos ver cómo él desarrolló el primer ministerio de la Compañía colaborativamente; cómo él se concentra en la misión – como, por ej., el establecimiento de una casa para prostitutas aquí en Roma. Era tal la urgencia de esa misión, que él reunió toda la posible ayuda para tal misión, sin tener en cuenta si eran individuos, clérigos o laicos. El levantó estructuras para mantener la misión y entonces se movió para enfrentar otras necesidades en otros lugares. Segundo, se arraigaría el ministerio colaborativo en la visión del Con Vat II en su constitución dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, la Iglesia es el Pueblo de Dios. El o ella tiene su propia vocación en términos de la cual el o ella participa en el único ministerio de la Iglesia.

¿Por qué molestarnos con una visión teológica? Ayuda a mantener nuestro ímpetu y compromiso, no menos que ayudarnos a ver el desarrollo del ministerio colaborativo como un movimiento del Espíritu. También nos ayuda a discernir los desarrollos más positivos de la colaboración de los más erróneos. Por ejemplo, la comisión preparatoria para el CG 35 dejó a un lado

la propuesta del “nuevo sujeto apostólico”, en el cual el jesuita y el laico trabajarían como uno, porque no respetaba suficientemente los papeles diferentes, pero complementarios, del laicado y el sacerdocio dentro de un proyecto colaborativo.

Tercero, yo sugería entonces, que hagamos más para clarificar la vocación de los jesuitas en una Iglesia caracterizada por el ministerio laico y la colaboración en el ministerio. Hay fragilidad en nuestra identidad, se cuestiona nuestro rol propia en la Iglesia. Si el Vat II identificó los dos pilares de la Iglesia, clero y laicado, ¿dónde se incrusta el religioso apostólico como los jesuitas?

Una respuesta a estas preocupaciones se situaría en dos puntos. Se necesitarían jesuitas, primeramente, para tomar a su cargo la obra especializada de la Iglesia, la de ir a las fronteras. Segundo, se necesitan para desarrollar la visión del ministerio laico en la Iglesia en las fronteras. En esto, somos catalíticos del ministerio laico: nuestro compromiso de vida al ministerio empata con el compromiso de otros, para quienes el ministerio es una responsabilidad entre muchas. Somos personas recurso para ese ministerio, particularmente para la formación de hombres y mujeres en ese ministerio. Somos también compañeros de hombres y mujeres en el ministerio: fuentes de ánimo, que les ofrecen guía y apoyo en sus ministerios desde nuestra propia experiencia ministerial.

Esto me lleva a sugerir una quinta y final vía para promover la colaboración en el futuro. Debemos encontrar modos más efectivos de sostener a los colaboradores en el ministerio; espiritual, profesional y teológicamente. El hallazgo de esos caminos sería uno de los mejores servicios que los jesuitas ofrecerían a la Iglesia. Mi experiencia es que los jesuitas son buenos para entrenar a gente profesionalmente, para dar los Ejercicios a los que están en el ministerio y para proveer numerosos programas de formación teológica, pero, a pesar de nuestra experiencia y pericia colectiva, sin mencionar nuestra creatividad e imaginación, no hemos encontrado muchos caminos de sostenimiento a hombres y mujeres regularmente envueltos en el trabajo. Una de las razones, sospecho, es que temperamentalmente somos hombres de primera línea, con preferencia a realizar las cosas por nosotros más que ser catalíticos de otros.

Una de las mejores ideas, que he hallado, para esta formación continua, es la de los ‘sábados jesuitas’. Ignacio gustaba de formar grupos y

confraternidades con gente que mantenía los proyectos una vez que los jesuitas los dejaban. La semana pasada, en una conferencia de directores laicos de escuelas católicas les hablé de mis propias esperanzas como maestro, nunca realizadas, de reunirme con compañeros maestros un sábado en la mañana una vez al mes, primariamente para compartir y reflexionar sobre el mes pasado. Esas mañanas del sábado se podían usar para identificar y emprender temas más largos de formación. Es la clase de proceso que requiere facilitadores hábiles y el involucramiento de gente capaz de formar grupos. También requiere un compromiso con una forma de enseñanza adaptada a los adultos. La experiencia de las CVX con grupos apostólicos apoyados por la espiritualidad ignaciana sirve a propósito en este punto.

Este tema es particularmente importante porque ahora nos movemos a una segunda generación de colaboradores. Como esa segunda generación de colaboración está una generación distante del involucramiento directo de jesuitas en sus ministerios, presenta un particular conjunto de retos para mantener el carácter jesuita de ese ministerio.

Ese grupo debe enfocarse en las tomas de decisión, en priorizar y hacerlo todo en discernimiento. Este es el don particular que la Compañía brinda a la Iglesia, el de ser contemplativos en la acción, de ser hombres y mujeres con capacidad para escuchar el llamado del Señor en medio de los muchos llamados en la vida y responderle generosamente.

Por eso terminamos donde comenzamos con el tema que más caracteriza la colaboración en el corazón del ministerio; el discernimiento apostólico en común, el objetivo de esta conferencia. Mi esperanza es que estas reflexiones sobre el decreto de la Colaboración les ayude según exploran todos los temas importantes en estos próximos diez días.